

DE PATRIOTISMO. Al señor don F. Navarro y Ledesma. / "Las Noticias", Barcelona, 10 septiembre 1899/



DE PATRIOTISMO

Atención detenida merece el escrito que, bajo el título de "La peste internacionalista", me dirigió hace unos días desde estas mismas columnas el señor Navarro y Ledesma. Refleja una opinión leal y asentada en muy hondas raíces; una opinión que no he de combatir, porque la creo justificada en cuanto afirma, si bien no en cuanto niega.

Tan locura es querer destruir el sentimiento patriótico, como lo es pretender borrar del hombre el amor a sí mismo, su primer prójimo, aquel "como" al cual ha de amar a los demás. Pero es obra de amor y de paz el intentar ensancharlo, haciendo de él el más firme apoyo de la solidaridad universal. Por patriotismo, por íntimo y profundo patriotismo, protestaría yo, si fuese francés, contra la idea de la "revancha" o desquite, como por patriotismo protesto del odio al anglosajón, que quiere inculcarnos. Sentimiento que lleva al odio, no es fecundo sino en males.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES



Sé yo que el señor Navarro y Ledesma participa de lo sustancial de mi internacionalismo (aunque no me gusta este nombre, sería mejor el de «supranacionalismo»), tan bien como él sabe que de lo sustancial de lo sustancial de su patriotismo participo yo. Lo malo sería que ahora, de pronto, en brevísimo lapso de tiempo, se enseñorease de los espíritus todos, por exclusivo, la concepción que él defiende ó la que yo sustentó. Del juego de ambas depende el proceso evolutivo del patriotismo, que sin tal proceso sería pesada roca que, cual ancia, atase á los pueblos.

El señor Navarro y Ledesma, supone que los ingleses protegen á los anarquistas, porque no los persiguen ni acorralan como á fieras, poniéndoles fuera de la ley común, ni instituyen Montjuich contra ellos. Valdría la pena de ahonder en esto, investigando las raíces de ese proceder británico, de no poner á nadie bajo leyes excepcionales de represión, fuertes en su derecho, sin acudir á «estados de guerra», ni amordazar á persona alguna, sean cuales fueran las ideas que proclame. Allí, en que abundan los judíos (y llegó hasta primer ministro uno de ellos, D'Israeli), apenas se conoce el anti-semitismo, y allí, en que los anarquistas abundan, no han cometido atentado alguno.

Y no es que los protejan, «como sabe todo el mundo», según el señor Navarro afirma; es que no los persiguen. Tal vez piensa el pueblo inglés con Spencery con Kidd, que no son las ideas las que rigen la vida social, y no se asusta de ellas como otros pueblos «lógicos» se asustan. Las ahoga en libertad, ó mejor que ahogarlas se las asimila y adapta. Rechazando la tiranía de las ideas no tiene que caer en la ideofobia que

aquella trae consigo. En vez de romper el manómetro cuando la presión de la caldera sube, abre la válvula.

Por pasando á otra cosa, el quinto de los núcleos internacionalistas que el señor Navarro Ledesma señala es el de «unos cuantos literatos decadentistas y chiflados de remata.»

¡Lo de siempre! Los chiflados de que se burlaba Aristófanes en Atenas, cuna del internacionalismo; los extravagantes de que hablaba Tácito. ¡No cree el señor Navarro que es tan fácil y barato burlarse del internacionalismo, como burlarse del patriotismo? Lugares comunes tienen uno y





otro; tan ridículos á primera vista unos y otros como todo lugar común, tan hondos cuando se les examina. Los unos como los otros y como todo lugar común ¡Chiflados de remate! Y ¡qué falta nos esta haciendo en España, señor Navarero y Ledesma, algo de chifla, para que ahogue esta tremenda salud gañanesca de espíritu, este inmenso empujamiento de rampionería!

Santo y bueno y grande es el patriotismo, pero es cuando lleva finalidad universal humana, cuando la patria se forja una misión «ad extra», algo que no sea conservarse y enriquecerse, cuando es patria altruista. Para reconstituir á España y hacer verdadero patriotismo en ella, es preciso que nos contestemos á esta pregunta: ¿qué fin ha de proponerse cumplir España en los destinos universales del linaje humano? El hombre justifica su amor propio, hasta su egoísmo, cuando se traza una finalidad social; sólo así puede justificar un pueblo su patriotismo. Roma hizo una obra de civilización; la hizo España en sus días de grandeza; hoy la hace Inglaterra y grande.

Es patriotismo infecundo y vacío el que no da á la patria un fin que se salga de hacer ricos y fuertes y aún felices á sus hijos, y del irapuro deseo de hélicos desquites y venganzas.

Por encima de las patrias que luchan el triste combate, álzase la solidaridad de los «intelectuales», y por debajo de ellas, la de los «cordiales» de los pueblos todos. Lo que de ordinario llamamos patriotismo, el exclusivista, es cosa de la clase media en cultura.

Sobre base de común hermandad se asienta la diferenciación de los pueblos, y en el llamado internacionalismo apunta la integración final de todos ellos. Sólo por la integración y para ella la diferenciación se justifica, y solo se cumple porque en su seno, en el íntimo motor, como inconsciente resort, palpita la armonía futura.

Por esto repito lo que antes de ahora he dicho: que los movimientos regionalistas, generales hoy, y el movimiento internacionalista, aunque parecen excluirse tienden á completarse. A medida que el «sentimiento», más bien la sensación de patria, el sentimiento cordial y primitivo, el amor al rincón nativo, se precisa y define, extiéndose y se purifica la «idea» de patria. Aquel sentimiento se intensifica achicando su objeto, y esta idea, agrandándolo, «extensificase»;



1.5.2/227

De patriotismo.

4



crece aquél en comprensión cuanto en extensión ésta crece, y se fundirán al fin, dando el uno la materia sensible, y la forma ideal el otro. Y entre ambos se revuelven en su fondo mismo al patriotismo puramente histórico, libresco y pocas veces, al de las más de las actuales nacionalidades, hijas de la guerra y de la rapiña, patrias que se basan en la apropiación del suelo y culminan en un ejército. Pero patrias que tienen una función que cumplir, y es preparar la integración futura y servir de escala á la concepción de la gran Patria. El que mi paisano, el aldeano vasco, que no distingue más que entre «euskaaldunak», los que como él hablan, aquéllos con quienes en su «euskará» ó vascuence puede entenderse, y «erdaldunak», todos los demás, los que hablan cualquier «ardara» ó lengua extraña, el que ese mi país se sienta español, de una España ideal, puesto que no conoce, es un medio pedagógico para que llegue á sentirse hombre, hijo de la tierra, ciudadano del mundo.

Si el siglo XX ha de ser, como supone el señor Navarro y Ledesma, un siglo de lucha de grandes nacionalidades y no de disolución lenta de éstas para preparar la federación universal sobre la base de unidades étnicas, vale más no ver ese siglo. Yo creo, por el contrario, que el exceso mismo del mal traerá el remedio. Que se extienda el poderío inglés cuanto quiera, como se extendió el romano; los bárbaros están dentro de él, las diversas tendencias socialistas, que sin cesar avanzan; todo se derrumbará acaso para entrar en una nueva edad media de fecunda disgregación y de recogimiento, en una gloriosa segunda edad media, que sea para los pueblos de tan prafinados y ricos frutos como lo fué aquel bendito sueño de que despertaron confortados. Y en la nueva edad serán el íntimo comercio entre los pueblos y el hondo internacionalismo tan vivos como lo fueron en aquella edad media tan profundamente internacional.

Y basta de ensueños. Sólo me resta manifestar al señor Navarro y Ledesma cuan reconocido le estoy por la atención que me ha prestado y el tono de elevación y cultura que al escrito que me enderezó supondar. No esperaba de tan culto pensador otra cosa. Sólo reconociendo buena fe unos en otros, podremos entendernos.

Miguel de Unamuno



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.

A.5.2 / 227